

XLIV.

“Infiel! responde Eudoro, mi doctrina
“Pasiones tan funestas no entretiene;
“Ella da al corazon fuerza divina
“Que á vuestra impura Venus no conviene;
“Eleva el pensamiento, la alma inclina
“A una pura afeccion, y la sostiene
“Con ideas sublimes, amor casto,
“Del alma y corazon sabroso pasto.

XLV.

“Así que el Hacedor formó del cieno
“Al mortal primitivo, y le llevó
“A un jardin mas frondoso y mas ameno
“Que estos valles de Arcadia, luego hallára
“Que el deseo de amar sintió en su seno:
“Entonces un letargo le enviára,
“Y una muger formó de su costilla, (7)
“En la que su perfecta imágen brilla.

XLVI.

“Así en su carne y sangre le dió esposa,
“Uniéndolos con lazo inseparable.
“Mas la virtud en el varon reposa,
“En la muger bondad, pudor amable.
“Su forma es mas flexible y mas graciosa,
“La de aquel mas robusta y admirable.
“El hombre tiene el mando y el gobierno,
“Impera la muger con amor tierno.

XLVII.

“Ved de muger cristiana la pintura,
“Si formaros quereis á su modelo,
“Yo os haré mi esposa bella y pura;
“Vos sereis mis delicias y consuelo;
“Yo corresponderé á vuestra ternura;
“Y ejerciendo el poder que nos da el cielo,
“Yo os amára... ¡ah! cual fresca fuente
“Que se halla el caminante en yermo ardiente.

XLVIII.

“Siguiendo del Patriarca recta senda,
“Uniéramos amor los corazones
“Solo para obtener sagrada prenda
“Que herede de Jacob las bendiciones.
“Así recibió Isac bajo su tienda
“La hija de Batuel sin otros dones,
“Y el gozo que le cupo, fué de suerte
“Que de Sara olvidó luego la muerte.” (8)

XLIX.

Cimodocea en lágrimas deshecha:
“Tu discurso, ó guerrero, es tan suave
“Como miel, y punzante como flecha.
“Ahora veo que el fiel la lengua sabe
“Que entiende el corazon, y á él va derecha
“Hiriendo del amor la dulce clave.
“Todo eso en mi alma yo tenia;
“Que tu sagrada ley sea la mia.”

L.

“Cómo! (esclama el cristiano con anhelo
 Su fé solo y su amor puro escuchando)
 “¿Es posible me dés tanto consuelo
 “Mi religion y ley santa abrazando?
 “Un ángel como tú daré yo al cielo!”
 Despues, sus blancas manos estrechando:
 “¡Y me prometes ser ui esposa bella!”
 “¡Y ser tu esposa!” dice la doncella.

LI.

Entonces en el monte resonára
 El canto de las fiestas Lupercales
 Que al caprípede (9) Númen entonára.
 Un coro de solícitos zagales.
 Este matutinal canto indicára,
 Que el alba habia abierto los umbrales
 Del dorado palacio: los esposos
 Vuelven á la morada presurosos.

LII.

Demódoco á este tiempo preparaba
 Sagrada libacion al sol radiante
 Que salia de la onda, y saludaba
 La luz que el paso guia al caminante.
 El techo hospitalario se aprestaba
 A dejarlo de veras; á este instante
 Su hija, á quien el rostro amor sonroja,
 Temblando entre los brazos se lo arroja.

LIII.

El anciano adivina desde luego
 La causa que perturba la doncella;
 E ignorando que Eudoro arda en su fuego,
 Con razones trató de convencella.
 “Hija mia, ¿qué Dios turbó el sosiego
 “De tu alma virginal? tu boca bella
 “Abrió solo hasta aquí risa sencilla,
 “Y ahora el llanto inunda tu mejilla!

LIV.

“¿Alguna pena habrá en tu seno entrado?
 “Recurramos al cielo: él suaviza
 “Los mas duros pesares, como el lado
 “Del sabio nuestras almas tranquiliza.
 “El templo que á Lacinia (10) es consagrado,
 “Está abierto, y no obstante la ceniza
 “El viento no dispersa: así nuestra alma
 “Debiera en la pasion guardar la calma.”

LV.

“Padre mio! la jóven respondiera,
 “No sabeis nuestra dicha: Eudoro me ama,
 “Y dice que de Himén colgar quisiera
 “La corona á mi puerta.”—“Cómo! esclama,
 “Deidad de la mentira lisonjera,
 “¿La habrás hecho ilusion? ¿Quizás la llama
 “Su sencillez burló que engaña al sabio?
 “¿O de velar cesó Verdad su labio?”

LVI.

“Mas ¿por qué he de estrañar que tu nobleza
“Haga querer á un héroe tu himeneo?
“Tú vences á la Ninfa en gentileza
“Del Ménalo, y el Dios del caduceo
“Hubiese preferido tu belleza.
Satisfaz, hija mia, mi deseo:
“Muéstrame como Eudoro te ha instruido
“Que del hijo de Venus se halla herido.”

LVII.

“Esta noche, responde cierta pena
“Quería consolar himnos cantando
“A las Musas; mas ved que cual serena
“Sombra que en el Eliseo va volando,
“Ví aparecerse Eudoro bien ajena.
“Virgen, dice, mis manos estrechando,
“Yo quiero que tus hijos y mis hijos
“Abracen á tu padre años prolijos.”

LVIII.

“Mas él dijo todo esto en su cristiano
“Discurso, que esplicarte mi alma ignora.
“El me habló de su Dios, de un Dios humano,
“Que se apiada del triste, del que llora.
“Y enseña á respetar al padre anciano.
“¿Que doctrina tan bella y seductora!
“Preciso les que en su culto yo me instruya
“Porque solo así, dice, seré suya.”

LIX.

Quando Bóreas sereno y Austro airado
Se disputan del mar el señorío,
De un bordo á otro el nauta fatigado
Cambia la vela oblicua del navío:
Así el anciano Homérida agitado
De varia sensacion, en su estravío,
Ya parece inclinarse á un pensamiento,
Ya le agita otra idea y sentimiento.

LX.

El ramo de Vestal de Hímen en la ara
Deponiendo la jóven, del sagrado
Vate ve renacer la estirpe clara,
En Eudoro tambien contra el malvado
Reconoce un amparo á su hija cara.
Pero tiembla al pensar que el culto amado
Dejará del abuelo, sus altares,
Las nueve hermanas, los paternos lares.

LXI.

“¡O hija mia! la dice titubeante,
“¿Qué mezcla de ventura y triste llanto!
“¿Qué me has dicho!...¿Podré á tu pecho ama
“Un amor rehusar de valor tanto?
“¿Consentiré que olvides un instante
“Del divinal abuelo el culto santo,
“Y teniendo otro rito, al cielo adores
“De otro modo que el padre y sus ma

LXII.

Entonces de sus brazos se desprende,
Y va á consultar, fuera la morada,
Los Dioses de los montes. Así aprende
La águila de los Alpes coronada
Los augurios de Roma cuando hiende
La nube del relámpago inflamada
Y en la region del éter pára el vuelo,
Los arcanos robando allí del cielo.

LXIII.

A vista de estas cumbres elevadas,
Cuyos nombres cantára sacro vate,
Al culto de algun Númen consagradas,
Al triste anciano el corazón le late;
Las lágrimas le saltan inflamadas;
En su seno se libra cruel combate:
Ya la falsa piedad é idolatría:
La victoria en su pecho conseguía.

LXIV.

Mas Dios que el corazón tiene en su mano,
Del hombre, y á dó quiere le encamina,
Las dudas desvanece del anciano.
El paternal afecto predomina;
El temor y aversion contra el tirano;
Por el fausto himeneo al fin se inclina,
Y al hogar de Lastenes da la vuelta,
Donde halla á su hija en llanto envuelta.

LXV.

“No llores, hija mia, el padre exclama,
“Que una lágrima sola no te cueste,
“O virgen venturosa, el que te ama
“Mas que á la pura luz de albor celeste,
“Mas que de claro sol ardiente llama.
“Sé la esposa de Eudoro: solo reste
“Que no pierdas jamás de tu memoria
“A quien hace de tí toda su gloria.”

LXVI.

Eudoro al mismo tiempo revelaba
De su alma á Lastenes el arcano,
Y el paternal permiso demandaba.
“Hijo mio, decia el grave anciano,
“Sea fiel; la virtud en ella graba;
“Que el reino de los cielos de tu mano
“Reciba en don nupcial, y ten por norte
“De agradar en lo justo á tu consorte.”

LXVII.

Del ángel del amor estimulado
Eudoro en busca del Antiste vuela,
Y le halla con Cimódoce abrazado.
Detiénese al entrar, duda, recela,
Teme que su decreto esté ya dado,
Y quiere retirarse con cautela,
Adviértelo el Homérida, le llama:
“¡Hé aquí vuestra esposa!” luego exclama.

LXVIII.

No habló mas, la ternura le sofoca,
Cae Eudoro á sus piés; la mano tiene
De la jóven, y aplica á ella su boca,
Lastenes con su esposa sobreviene
Vienen sus hijas, cada cual invoca
El título de hermana que conviene,
Dos veces á la vírgen venturosa,
Por sierva de Jesus, de Eudoro esposa.

LXIX.

Y mil besos estampan en su frente,
Para el gérmen sembrar de fé divina
En la alma de la jóven inocente,
Que del Hímen de Eudoro la haga digna,
Fué nombrado Cirilo; juntamente
Una y otra familia determina
A Esparta trasladarse, en el deseo
De apresurar cuanto antes su himeneo.

LXX.

Este comun acuerdo era tomado,
Cuando el paso se oyó de un mensajero:
Las puertas se abren, entra apresurado
Un siervo del pontífice de Homero,
Que el templo la noche antes ha dejado;
Para abrirse en los bosques un sendero
En la izquierda un broquel roto traia;
El sudor de la frente le corria.

LXXI.

“¡O Demódoco! dice titubeando,
“Al templo vino Hierócles, deshecho
“En cólera y venganza respirando.
“En sus furoros jura por el lecho
“Férreo de las Euménides infando
“Que tu hija ha de lograr á tu despecho;
“Deba el negro Pesár á tus umbrales
“Sentarse con las Parcas infernales.”

LXXII.

El rostro del anciano de repente
Mortal palidez cubre; su rodilla
Apenas le sostiene débilmente;
Las lágrimas inundan su mejilla;
A su hija en sus brazos tiernamente
Estrecha, como tímida avecilla
Con sus alas oculta el pollo amado
Que de fiero alcotan ve amenazado.

LXXIII.

Mas recobrado un poco, luego piensa
Que el apoyo de un célebre guerrero
A su hija será sólida defensa.
Esta idea le alivia el dolor fiero
Y bendice el favor que le dispensa
El cielo en su bondad. La ara de Homero
Resuelve ir á cerrar, y de continuo
De Laconia tomar luego el camino.

LXXIV.

Por huir el encuentro del malvado,
Busca de las montañas el rodeo.
Mas en esto el tirano habia llegado
A su palacio á orillas del Alfeo,
Alcázar por él mismo levantado,
Cuando ardiendo otro tiempo en el deseo
De robar á su padre la doncella,
Quería en su recinto gozar de ella.

LXXV.

Mas veloz que el relámpago la Fama
Del cabo Máleo al monte de Apesante
La venida de Hiérocles derrama,
Consternando al pacífico habitante.
El edicto imperial aquel proclama,
Y envia los lictores al instante
Que conduzcan ante él al indefenso
Cristiano para hacer el fatal censo.

LXXVI.

Cuando ronda un aprisco el lobo hambriento,
A vista del rebaño numeroso
Se inflama su ojo, y de un color sangriento
La lengua de las fauces saca ansioso:
Así el feroz tirano, al pensamiento
De ver al tribunal llegar medroso
El cristiano que arrastran los lictores,
Siente de sed rabiosa los ardores.

LXXVII.

En una ancha pradera que bañaba
El Ladon con sus lípidos cristales,
El tribunal temible se elevaba.
Sentado en su curul con sus feciales,
Los nombres el tirano preguntaba
Que las listas llenar deben fatales,
Acudiendo en tropel niños, ancianos,
Mugeres, siervos y demas cristianos.

LXXVIII.

De repente en la turba se levanta
Un confuso rumor: entre lictores
Con su familia Eudoro se adelanta;
Esto escita el murmullo y las clamores.
Mas su vista al cruel ministro encanta,
Sintiendo renovarse los furores
De la antigua venganza que siempre arde:
En su vil corazon bajo y cobarde.

LXXIX.

Pero á este mismo tiempo los soldados,
Su antiguo general reconociendo,
Corren á rodearle entusiasmados,
Sus triunfos y proezas aplaudiendo.
Uno cuenta los hechos celebrados
Cuando Eudoro batió al Sicambro horrendo;
Otro de los Bretones la victoria
Que alcanzó con eterna prez y gloria.

LXXX.

“Este, decian, es el distinguido
“Campeon que venció á Carrausio Fiero,
“Y al Franco y al Breton ha combatido.
“Este es aquel impávido guerrero,
“Tribuno, general esclarecido,
“Prefecto de las Gaulas, compañero
“De Constantino, príncipe glorioso,
“Y amigo del gran César victorioso.”

LXXXI.

Al cobarde Pretor hace en su trono
Temblar este discurso: apaciguando
El tumulto con falsa risa y tono,
Despide la asamblea, y ocultando
Dentro su corazon todo su encono,
Se encierra en el alcázar: allí dando
Lugar al miedo, en su desaire piensa
Y en cómo vengará la nueva ofensa,

LXXXII.

Ya resuelve prender en el momento
A Eudoro, y condenarle por cristiano.
Ya teme su favor. Medio mas lento
Determina tomar: á Diocleciano
Escribe que el Arcadio turbulento
Se rehusa al edicto soberano
Y á la revuelta indómito propende,
Y que entre ellos Eudoro el fuego enciede.

LXXXIII.

Como el Pretor de su curul bajaba
Violentas ideas revolviendo,
Con su hija Demódoco llegaba
Al techo paternal. Luego subiendo
Al templo, ve que el fuego se apagaba,
Lo reanima, de nuevo, y conduciendo
Una becerra cándida y sin vicio,
Se prepara á ofrecerla en sacrificio.

LXXXIV.

De plata un bello cáliz cincelado,
De que otro tiempo Dánao se sirviera,
Al antiste de Homero es presentado;
En él artista célebre esculpiera
A Ganimede al cielo arrebatado;
Su compañero triste allí se viera,
Y la muta de perros condolida
Que hace ladrando resonar el Ida,

LXXXV.

Este cáliz llenó de dulce vino,
Y vistiendo la túnica sagrada,
Lo vierte en libacion ante el divino
Abuelo; la becerra es inmolada,
Cimodocea llega de contino,
Su lira pone del altar colgada,
Y en medio de esta sacra ceremonia,
Se despide del cisne de Meonia,

LXXXVI.

“Vate inmortal, la lira melodiosa
“Que á veces afinarme te dignáras,
“Tu hija te consagra cariñosa.
“Venus é Hímen me llevan á otras aras:
“¿Quién es contra su fuerza poderosa?
“Andrómaca en Ilion, tú lo cantáras,
“A Hector solo y á Astianax veia:
“Sin hijos, á mi esposo Amor me guia.

LXXXVII.

Así se despediera la Vestal
Del cantor de Penélope divino.
Sus lágrimas corrian en raudal.
Ella siente la fuerza del destino
Que la arranca á este culto paternal,
Donde reina un encanto peregrino,
En las bellas ficciones estampado
El respeto al abuelo venerado.



NOTAS.

Octava X.

De su Iglesia la joya y collar de oro.

(1) Este pasaje está imitado de las actas de San Lorenzo, el cual, habiendo recibido la promesa del Papa San Sixto de que dentro de tres dias le seguiria al martirio, se apresuró á repartir á los pobres todo el dinero que tenia entre manos, y aun vendió los vasos sagrados para distribuir su producto. Informado el Prefecto de Roma de las riquezas de la Iglesia, hizo llamar á Lorenzo para que le enseñase los tesoros que suponía tener ocultos, y los entregase al príncipe. Lorenzo respondió que la Iglesia era verdaderamente rica, y que el emperador no tenia tesoros tan preciosos como ella; pero que le diese algun tiempo para arreglar y poner las cosas en órden. El Prefecto que no entendia de qué tesoro hablaba Lorenzo, le concedió tres dias de término; en los cuales recorrió esta toda la ciudad para buscar los pobres, que eran alimentados á espensas de la Iglesia. Al tercer dia, habiendo reunido un gran número de ellos á las puertas del templo, fué á decir al Prefecto que viniese á ver los tesoros de que le habia hablado. ¡Cuál fué la admiracion de este cuando vió una multitud de miserables, de viejos, huérfanos, ciegos, mudos, estropeados y leprosos. “Ved aquí, le